

Ausentes

Réquiem por el Petit Taranco

20 ABRIL 2018

VISTO: 8757



Con la demolición del palacete mandado construir por don Hermenegildo Ortiz de Taranco en la calle San José, Montevideo termina de perder otra de sus valiosas joyas arquitectónicas. Piquetas y aplanadoras acaban de exterminar sin piedad la hermosa mansión que naciera por un capricho de la "belle époque", para hacerla ingresar definitivamente en la leyenda capitalina.

La hora del réquiem es propicia para recapitular brevemente la Historia de aquella costosa veleidad. Había una vez en Montevideo... Si, como es casi un cuento de hadas, es lícito comenzar así: había una vez en Montevideo, donde termina la calle San José, un par de cuadras más allá del Municipio, otro Palacio Taranco, pero más recoleto, más escondido que su hermano mayor, el palacio grande, el que abre sus señoriales puertas y balconadas a la calle 25 de Mayo. Este palacio menor había sido pensado para la vida en sigilo, en aislamiento, y por eso un elevado muro ocultó durante sesenta años de la mirada de los transeúntes de la calle San José el parque y el edificio, cuya fachada principal se orientaba hacia el amanecer.



La hermosa mansión que naciera por un capricho en la "belle époque", ingresa definitivamente en la leyenda.

Pero quien pasara por la vereda de enfrente podía descubrir cómo por encima del muro se asomaban los árboles y el piso alto de esta curiosa muestra del estilo francés trasplantado a Montevideo, un auténtico “hotel” distribuido en dos plantas, pequeño para palacio pero demasiado espléndido para considerarlo una vivienda común. Fue Jules Chiffot, arquitecto francés, -también uno de los autores del Taranco grande- quien diseñó esta casa en 1917 a pedido de Hermenegildo Ortiz de Taranco, uno de los tres hermanos españoles de este apellido, poderosos comerciantes establecidos en esta capital al finalizar el siglo pasado. Muerto soltero y sin descendientes don Hermenegildo, la casa permaneció clausurada durante mucho tiempo, sirvió luego de sede a representaciones diplomáticas y, finalmente, de residencia a sus sobrinos.

Empero otro había sido el destino original de la morada. Chiff, la hermosa, deslumbrante Chiff, fue la primera habitante de esta mansión. Mejor dicho: Madame Jeanne Marion, porque Chiff era, naturalmente un sobrenombre. Para ella -costoso homenaje del supremo poder del dinero al delicado pero no menos Supremo poder de la belleza- hizo construir este pequeño “manoir” su primer propietario, y lo pobló de muebles traídos de Europa, instaló un espléndido piano “signé” Linke, hizo colocar en oro veinticuatro los detalles de los techos y las molduras de los cuarterones del salón, distribuyó mármoles y espejos, árboles y flores.



Habla llegado Chiff un día aquí con una compañía francesa de revistas y la mañana siguiente al debut tuvo su primera sorpresa montevidéana: cumplido era realmente el admirador que le enviaba un collar de perlas. Lo sacó del estuche, lo examinó cuidadosamente, pero lo devolvió de inmediato a la joyería de donde procedía. Eran perlas de cultivo y ella juzgaba que su cuello merecía mucho más. Un día después, segunda sorpresa al retornar el mandadero de la joyería con un estuche idéntico, pero que esta vez contenía un collar de perlas legítimas. Ya estaba la exigente Chiff habituada a tan gratas sorpresas, cuando el mismo magnate le entregó las llaves de la morada de la calle San José, construida expresamente para ella.

Corrían tiempos de ventiladas "voiturettes", de ojos ahumados y melenitas a la "garçon", pero Chiff estaba empeñada en representar un papel más propio de la fenecida época romántica que de los eléctricos "twenties" que tocaron en suerte a su biografía. Retirada definitivamente de las tablas e instalada para siempre aquí, en la calle San José, tras el muro de su palacete, quiso ser, y fue, la última -¿no habrá sido la única?- Dama de las Camelias montevidéana.



Foto de la dueña de casa

Por eso su historia concluyó en un triste desenlace, sentenciada a una soledad que nunca paliaron del todo los lujos de la costosa residencia, ni la distante amistad de la Mistinguette y de Cocteau -con quienes tuvo trato personal en Europa y se carteaba luego desde aquí- ni los paraísos artificiales hacia los que volaba cada vez con más frecuencia en tren de buscar remedios a lo irremediable.

Alterada la razón, alojada en una clínica, tuvo su desdichado fin esta mujer que en sus tiempos de esplendor supo ser tan exigente, tanto, que no podía tolerar otros collares que los de perlas legítimas. Ahora, el "Petit Taranco", levantado expresamente para ella, acaba de ingresar definitivamente en la mitología del viejo Montevideo, en la que ya tienen su capítulo de leyenda la hermosa vedette francesa y su bucólico jardín escondido tras una tapia.

Ricardo GOLDARACENA

Publicado en el suplemento dominical de *El Día*, número 2486 el 7 de Junio de 1981
<https://montevideoantiguo.net/index.php/ausentes/requiem-por-el-petit-taranco.html>